

S17 R18¹

Gabriela Peñuelas Guerrero

R19 ruta de re-construcción, eso ha sido: de-construir y re-construirme en la práctica profesional y en lo personal. A seis meses de los sismos de septiembre sigue siendo imposible separar una cosa de la otra, ¿y para qué las dividiría? Para compartir mi experiencia de una manera académica, “neutra.” Ante mi inminente fracaso, este texto es todo lo contrario: es el ejercicio más personal que he hecho en estos casi 16 años que llevo vinculada al patrimonio cultural. Es una narrativa testimonial de algunas cosas que he reflexionado desde octubre y que siguen dándome vuelta, no hay nada cerrado, solo tiene como punto de partida compartir lo que nos pasó en Xalostoc, o más bien en lo que derivó.

Digamos que todo comenzó el 8 de septiembre de 2017 cuando me apunté como voluntaria a solicitud de la Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural (CNCPC-INAH) para atender la emergencia del sismo de la noche anterior (del 7 de septiembre en Chiapas y Oaxaca). Mi presencia no fue requerida en ese momento y por un congreso de metales me encontraba fuera de México la semana del 19. No sentí el sismo, sólo todo lo que vino después. A mi regreso seguía en la lista y la necesidad de restauradores para conformar brigadas había aumentado considerablemente. En un inicio estaba previsto apoyar en el Centro INAH Puebla, pero al final, el martes 3 de octubre llegué a Morelos.

Cada centro INAH trabajaba de manera diferente, las afectaciones, la orografía, los recursos, la accesibilidad, todo es distinto. En Morelos el trabajo de restauración de bienes muebles llevaba un ritmo y los de monumentos, otro. El estado es pequeño si se compara con Oaxaca o Chiapas, y las rutas pueden tomarte entre tres o cuatro horas mientras en otros estados, trasladarse del Centro INAH a localidades significaba siete u ocho horas de camino. Cabe decir, que en los estados se esperaban líneas de acción señaladas desde el centro, pero estando en la ciudad de México podían tomarse decisiones (desde la teoría o como decíamos) desde el escritorio, y en casos como estos, lo que imaginamos que debe pasar, pocas veces se parece a la realidad y las instrucciones quedan lejanas a lo que se puede hacer. Así, cada centro era más o menos autónomo, aunque en la

¹ Sismos de 2017 reconstruyendo en 2018

emergencia los problemas y las carencias salen a relucir, fue todo un reto convertirlas en oportunidades para ayudar y aprender.

Con esa necesidad se conformó un equipo de trabajo con restauradores de Morelos, el apoyo intermitente de personal de la CNCPC, de la ENCRyM, y de otros estados como Tlaxcala, Colima o Yucatán, además de restauradores contratados específicamente para apoyar las labores de diagnóstico y conformar expedientes para solicitar recursos para la restauración ante la aseguradora. Me incorporé cuando había concluido la primera fase del fondo de desastres naturales (FONDEN). Los restauradores ya estaban cansados pues no habían tenido mucha claridad en las acciones porque a nadie le había sucedido algo de tal magnitud. Se echaba mano de gente con experiencia en los sismos del 90 y de la buena disposición de todos. Poco a poco se fue aclarando la dinámica y avanzando con el trabajo. El equipo fue intermitente, pero me dio la oportunidad de trabajar con restauradores que había admirado desde el segundo año de la carrera, que en mi imaginario eran leyendas, y de quien seguiría aprendiendo, así como conocer a otros muy valiosos con quien jamás había coincidido.

La dinámica del Centro INAH Morelos consistió en armar equipos de dos o tres restauradores, siempre y cuando se contara con vehículo para recorrer municipios. Se salía dos o tres días, dependiendo de las necesidades y las afectaciones; el tercer o cuarto día se hacía gabinete para cerrar los expedientes. Esto servía para concluir los expedientes y, si había que volver tener claro lo que faltaba. Y Xalostoc fue uno de esos lugares a los que volveríamos.

Al principio las brigadas cambiaban dependiendo del día, después se decidió que los pares armados trabajaran juntos para cerrar municipios. Así comencé a trabajar con Gonzalo, teníamos que cubrir Ayala. Tomamos carretera hacia Acapulco, vuelta rumbo a Tequesquitengo, Jojutla y municipio de Ayala. Cuando lo pensé estaba en uno de los estados que más recuerdos agradables me provocaba: esas carreteras pequeñas entre caña y flores las había recorrido desde niña con mis padres cuando hacían campañas de salud; o los paisajes y los cerros me recordaban mi adolescencia; las tormentas eléctricas me hipnotizaban y el valle me daba mucha paz. Algunos poblados los conocía bien, y otros no sabía que existían. Por Jojutla había pasado muchas veces. De cierta manera era volver por los caminos conocidos pero desconocidos a la vez, con la ventaja o fortuna de ser restauradora, de ayudar con lo que amo de la restauración: su servicio al otro, al otro y a uno mismo, su diálogo.

Así que la misión, casi imposible, consistía en verificar el estado de conservación de las imágenes (esculturas y pinturas) así como de los bienes inmuebles por destino (retablos, altares, cipreses, púlpitos, campanas, órganos, y por supuesto pintura mural); ubicarlas en el templo o capilla o en las casas en las que se encontraban, pues la población no reparó en arriesgar su vida por sacar al cristo o a la virgen y llevarlos a sus casas, tenerlos en sus salas o acostarlos en sus camas para que estuvieran a salvo. Y el trabajo más complejo consistía en platicar con la gente, con el padre, el mayordomo, el ayudante, o el encargado de la iglesia, escuchar sus miedos, sus enojos, angustias, peticiones y urgencias, y en muy poco tiempo transmitirles confianza. La lista de lugares por visitar era larga, de cuatro a ocho capillas por día, a veces se lograba y las más quedaban incompletas así que se tenía que volver al municipio.

Así, un día de octubre salimos de brigada, llevábamos un par de días visitando localidades, más bien templos con pocas o casi ninguna afectación. Y era esa mezcla de alegría y desesperación de encontrar lugares sin daños y de estar visitando sitios que no nos necesitaban, la sensación que se respiraba en la camioneta del Instituto. Así, desanimados, llegamos a un oasis, en la parte sur del estado en el municipio de Ayala, conocimos la capilla de la Asunción y al padre Pedro.

Una iglesia con afectaciones considerables, la bóveda colapsada que dejaba ver el cielo azul e intenso. Y donde para llegar al retablo mayor y a los laterales había que subir un poco a los escombros; usar el equilibrio y fijarse un poco en no pisar pintura de la bóveda. La portada se veía bastante lastimada, el campanario no tanto, las campanas estaban en su sitio y el reloj a medio caerse. Ya no había imágenes dentro, habían sacado todas las que pudieron, pero olvidaron la mesa del altar, y un par de cosas del padre. No habían vuelto a entrar desde el día del sismo, así que el padre y su ayudante nos acompañaron dentro. Poco a poco fueron sumándose más miembros de la comunidad para ver cómo estaba su iglesia. Estaban todos en el atrio armando una carpa para continuar con el oficio mientras se reconstruye. Provisional, decían y aunque todos quisiéramos saber el lapso de ese provisional, lo sabemos más incierto que muchas cosas.

Gonzalo y yo nos impactamos de inmediato tras ver esos dos retablos pintados en los laterales del ábside. Tenían una majestuosidad que había visto en pinturas que la gente paga por ver en los grandes museos del mundo. Y eso podía ser secundario, se estaban mojando por las lluvias que siguieron al sismo y que aún continuaban para el tiempo que ocurrió este descubrimiento.

Ávidos de hacer algo por alguien, o por nosotros mismos, pensamos que debíamos volver en brigada especial al día siguiente, que por suerte era sábado. Así que grabamos un vídeo y lo subimos al grupo de trabajo. Convencidos todos, volvimos al día siguiente con refuerzos en dos camionetas. Daniela y Diego, restauradores también y Daniel, arquitecto y estudiante de la maestría en conservación de inmuebles de la ENCRyM.

Daniel y yo nos quedamos en un pueblo vecino verificando el estado de la barda perimetral que le preocupaba a la gente porque se acercaba el día de muertos y tendrían visitas en el panteón del atrio. Llegamos a Xalostoc, justo a la hora de la comida, como dice el dicho "más vale llegar a tiempo que ser invitado". Daniela, Gonzalo y Diego estaban por terminar de cubrir el segundo de los tres retablos, pero al padre Pedro le preocupaba que se enfriara la comida, así que fuimos los cinco a comer y regresamos a terminar de cubrir retablos y colocar la lona en la parte de la nave que tenía una fractura y que hacía que le lloviera a uno de los retablos laterales. Ahí nos cayó el atardecer, una delicia de atardecer. Silencioso fue el regreso, cansados y contentos. Ese sábado reconecté con la razón que me había hecho enamorarme de la restauración, esa posibilidad de ser un vehículo silencioso y sólo acompañar a la continuidad de las prácticas culturales me había hecho en 2004 dejar diseño para entrar de lleno a restauración.

Cada vez estoy más convencida que soy restauradora por quien soy. Y cada vez que lo soy —en acción— me pongo en juego, recurro a mis experiencias y a la vez gano nuevas. Esto en investigación social se explicita sin perder la validez del proceso, al contrario, se consideran condiciones de la investigación. ¿Por qué en la restauración no podemos hacer lo mismo? ¿Sería necesario señalarlo o sólo ser conscientes de ello? Al llegar a Morelos me pensaba como restauradora que es más profesora, pues paso más tiempo preparando y dando clases que interviniendo obra. Hasta hace poco tiempo me habían considerado especialista en metales, y eso me ha permitido trabajar de forma muy distante al patrimonio en uso, salvo por un par de proyectos de conservación y restauración de campanas, mi experiencia se inscribía a piezas de museos. Afortunadamente, en las brigadas no había distinción de especialidades, uno es y siempre será restaurador y eso significa que conoce de materiales e identifica deterioros casi de manera automática.

Y así como intentaba separar lo profesional de lo personal, he leído y escuchado el intento por separar la materia de los significados, lo tangible de lo intangible o lo material de lo inmaterial, cuando uno depende del otro. Es gracias a lo que no se toca que lo que se toca significa y lo

protegemos, valoramos y conservamos. Por muchos años, y aún hoy existe una corriente de la restauración que busca ser objetiva; y ahora se comienza a discutir y a reconocer la subjetividad del restaurador, sin que eso menoscabe, determine deliberadamente o caiga en relativismos absolutos las decisiones de conservación. Pero somos seres sociales y nuestras decisiones están marcadas por nuestro conocimiento, experiencias, recuerdos, nuestra agenda, nuestro *habitus*,² como queramos decirlo.

Escuché historias, percibí otras y les conté una en particular porque tiene que ver con lo que a mi parecer es la misión de los que estudiamos, conservamos, restauramos, analizamos, y observamos: lo que llamamos patrimonio, permitir la continuidad de las prácticas culturales en las que los objetos están inmersos, y que muchas de ellas se vieron violentamente interrumpidas por el sismo, por algo impredecible y con una fuerza brutal. Protegemos, ubicamos y verificamos el estado de conservación de piezas históricas, porque así lo dicta la ley y porque así funciona el INAH, pero dentro de esas acciones, cada uno tiene la posibilidad de ayudar dentro de estos límites. De estas historias, también estoy segura que hay muchísimas más de las que sabemos, de las que no escuchamos porque nos las guardamos por alguna razón inexplicable, estas experiencias son las que nutren y sanan los colapsos, no hablo de las bóvedas o campanarios colapsados, me refiero a los sociales, son lo que permite que la gente poco a poco vuelva o re-construya una nueva cotidianidad, junto al templo afectado, donde las campanas no sonaban, esperando a que el seguro llegue y puedan bajarlas y reubicarlas y tocarlas de nuevo. Ese silencio es el que me tocó, estoy segura de que a mis compañeros también, ese silencio, ese recorrido y mis compañeros de brigadas.

A todos los que han estado en el camino y los que vengan, por los encuentros.

FIN

² El concepto de *habitus* lo desarrolló el sociólogo Pierre Bourdieu definiéndolo “como sistema de las disposiciones socialmente constituidas que, en cuanto estructuras estructuradas y estructurantes, son el principio generador y unificador del conjunto de las prácticas y de las ideologías características de un grupo” (Bourdieu 2002: 107)